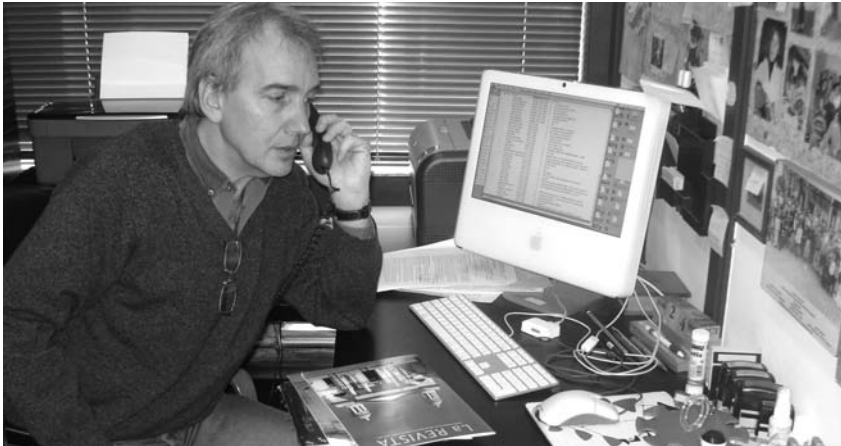


■ NOTA / “La investigación es un área en el que vale la pena invertir”

“La investigación es un área en el que vale la pena invertir”



Lo afirma el biólogo molecular Alberto Kornblihtt, quien acaba de ser nombrado asociado extranjero de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos.

Cientos de mail han bombardeado la casilla de mensajes del doctor Alberto Kornblihtt desde que, el 3 de mayo pasado, fuera distinguido por la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos como “asociado extranjero”, un reconocimiento que en su momento tuvieron los premios Nobel Luis Federico Leloir y Bernardo Houssay. Colegas, alumnos y científicos de todas partes del mundo le hacen llegar sus felicitaciones. Los medios de difusión también lo buscan para saber de su vida, del despertar de su vocación como investigador. A los 56 años, este profesor universitario dedicado de lleno a la ciencia, agradece a la educación pública, a los hombres que marcaron su camino como científico, y tiene palabras especiales para una docente que, en cuarto año del secundario, abrió de lleno su amor por el estudio de las células y sus misterios. En diálogo con La Revista, hace un repaso de su historia.

¿Qué significa para usted haber recibido semejante distinción?

Es un gran honor para mí y para mi grupo de investigación, y en cierta medida también lo es para la ciencia argentina y la educación

pública, porque en verdad yo soy un producto de ella, ya que hice toda la escolaridad en el Estado, hasta el doctorado. Sólo el post doctorado lo hice en el exterior; fueron tres años en Oxford, Inglaterra, y luego volví al país con la restauración de la democracia y a partir de ese momento establecí mi laboratorio y equipo de trabajo.

¿Cómo se llega a una instancia semejante? ¿De qué modo se hacen las designaciones?

Los investigadores producimos conocimientos científicos y muchas veces publicamos nuestras conclusiones en revistas internacionales. Es el modo en que la comunidad científica conoce los resultados de cada uno de los trabajos que se van realizando en el mundo. En mi caso, los colegas norteamericanos que saben de nuestros logros científicos, propusieron un candidato nuevo desde la Argentina. Cada año en la Academia se eligen nuevos miembros, tanto norteamericanos como extranjeros. Este año se eligieron 18 miembros extranjeros, entre ellos yo, quien ya había sido propuesto en anteriores ocasiones.

¿Qué relevancia tiene la Academia en el contexto mundial?

Es una entidad privada sin fines de lucro formada por científicos, de larga tradición y prestigio, fundada en 1868 por Abraham Lincoln. Es la más importante del mundo justamente por la calidad de sus miembros - tengamos en cuenta que hay 400 premios Nobel de distintas disciplinas-.

¿Cómo es el procedimiento para decidir los nombramientos?

Hay comités de selección que evalúan los antecedentes de los candidatos propuestos y en base a la información que tienen toman una decisión. Se vota en asamblea. Este año se desarrolló el 3 de mayo.

¿Se toma en cuenta un determinado trabajo o una sucesión de hechos?

Se valora la trayectoria. En el caso de mi grupo, se ha destacado una investigación consistente, durante muchos años, sobre el mismo tema, haciendo aportes progresivos en el tiempo.

¿Cuál es esa línea de investigación?

Nos enfocamos en los genes humanos y cómo

hacen para producir más de una proteína. Las proteínas son sustancias químicas que llevan a cabo las funciones en las células, es decir, las que hacen que las células sean como son en condiciones normales o patológicas. Las proteínas se fabrican por orden de los genes, que son ADN que encontramos en el núcleo de las células. Entonces, hay un complicado mecanismo que hace que cada uno de nuestros genes codifique una proteína. Pero ya desde hace muchos años, por descubrimiento de otros, se sabe que cada gen puede producir más de una proteína. Nosotros, en síntesis, estudiamos cómo eso se regula o se controla y qué pasa cuando falla. Es un tema de investigación básica en biología molecular.

¿Cuánto hace que trabajan en ese tema?

En realidad yo ya lo había investigado durante los años que estuve en Inglaterra, de 1981 a 1984, cuando hice mi post doctorado en Oxford bajo la dirección del doctor Francisco Baralle, uno de mis maestros y amigo personal. Al regresar al país continué la línea investigativa al formar mi propio grupo. Pero el despegue de nuestros aportes se produjo en 1997.

¿Cuál fue la razón?

Publicamos un trabajo dando a conocer que ese proceso en el que se genera más de una proteína a partir de un gen, estaba acoplado al fenómeno por el cual una enzima copia los genes, los transcribe. Lo hicimos con la investigadora Paula Kramer y marcó un hito porque nos permitió seguir investigando más en detalle el tema y porque tuvo buena aceptación internacional. En ese momento yo daba clases en la facultad pero mi laboratorio estaba en el Instituto de Ingeniería Genética y Biología Molecular que dirigía el doctor Héctor Torres, otro de mis maestros, ya fallecido.

¿Cuántos investigadores han recibido este reconocimiento?

En la actualidad somos seis. El doctor Armando Parodi, bioquímico; el doctor Carlos

Frasch, biólogo molecular; el doctor Francisco de la Cruz, físico; la doctora Sandra Díaz, ecóloga; el doctor Víctor Ramos, geólogo; y yo. Pero antes también lo recibieron los premios Nobel Luis Federico Leloir y Bernardo Houssay, y el biólogo evolucionista Osvaldo Reig, los tres fallecidos.

¿Cómo se despertó en usted la inclinación por la ciencia?

Desde chico sentía curiosidad hacia ciertas cosas; armaba maquetas, jugaba con el mecano, me gustaba resolver problemas y tenía pasión por la geografía, por ejemplo. Mi papá era ingeniero y amaba la matemática, mi mamá era profesora de geografía, y mi hermana mayor estudiaba computación, de modo que crecí en un ámbito propicio para que, ya grande, me inclinara al estudio de alguna ciencia exacta. Pero siendo adolescente no sabía nada de biología y menos de biología molecular. Supe lo que era una célula recién en cuarto año. Ahí tuve una profesora maravillosa que marcó a varias generaciones de jóvenes y se llama Rosa Guaglianone. Ella despertó en todos nosotros, cursando cuarto año en el Colegio Nacional Buenos Aires, la curiosidad por la investigación biológica y los misterios de las células y las moléculas.

¿Qué carrera siguió en la universidad?

Hice la licenciatura en Biología en la UBA y luego ingresé en la Fundación Campomar, donde hice la tesis doctoral con el doctor Héctor Torres.

¿Cómo surgió la posibilidad de continuar sus estudios en el exterior?

Es bastante común en nuestra formación que si se hace el doctorado en la Argentina, luego se haga un post doctorado fuera del país, para perfeccionar los conocimientos y conocer cosas nuevas que aquí no se hacen. Yo realicé ese camino y elegí el laboratorio de Francisco Baralle en Oxford porque era un lugar en donde podía formarme bien en biología molecular.

¿Tuvo alguna influencia que justo su permanencia en Inglaterra coincidiera con la guerra de Malvinas?

Yo entonces tenía una beca del Conicet y cuando se desató el conflicto armado me la sacaron. Me dijeron que si quería seguir cobrando debía mudarme de país. Yo les dije que no lo haría porque había invertido demasiado tiempo y por suerte los dueños del laboratorio me siguieran pagando de su propio bolsillo. Aquellos fueron meses de tensión. Si bien no afectaron mi vida cotidiana, estaba plenamente al tanto de lo que mostraban los noticieros todos los días. Por mi posición ideológica siempre pensé que la invasión era el manotazo de ahogado de los militares para perpetuarse en el poder amparándose en un reclamo legítimo.

¿Su vuelta a la Argentina se produjo por el advenimiento de la democracia o era algo que ya tenía pensado?

Confluyeron mis ganas de seguir haciendo ciencia en la Argentina -aunque no tuviera al principio todos los elementos- y el regreso de la democracia. Calculo que si la dictadura se hubiera perpetuado probablemente no hubiera vuelto. Esos años luego de 1983, ya en el país, fueron tiempos muy excitantes desde el punto de vista político pero para un investigador no era el panorama ideal, ya que el financiamiento que había para la ciencia era nulo, muy bajo comparado con lo que es ahora.

¿Imaginaba trabajar en el ámbito privado?

Para nada. Mi deseo siempre fue hacer investigación y también docencia en el marco de lo público. La enseñanza universitaria está asociada directamente con la investigación científica. La universidad se diferencia de cualquier otro ámbito educativo porque no sólo es transmisora de conocimientos de los libros sino que es a su vez generadora de informaciones. De este modo, la generación de conocimientos realimenta la forma de enseñar y qué es lo que se enseña. En la esfera de lo privado, salvo raras excepciones, se enseña pero no se investiga; se utiliza como profe-

■ NOTA / “La investigación es un área en el que vale la pena invertir”

sores a gente que investiga en el ámbito público -lo cual es una especie de drenaje de cerebros interno- o se usa como profesores a personas que no investigan, lo cual para los alumnos no va a ser nunca bueno.

¿Fue tan difícil armar un nuevo camino en el campo de la ciencia en ese comienzo de la década del ochenta?

Había mucho entusiasmo y voluntad pero los fondos, repito, no eran suficientes. Por suerte con el tiempo ha ido aumentando el apoyo del Estado a los investigadores, salvo en períodos en los que la ciencia dejó de ser prioridad. Ahora, por ejemplo, la situación está bastante mejor. De todas maneras debo admitir que ha sido muy importante también el apoyo que recibí con subsidios internacionales que me permitieron hacer investigaciones de mayor envergadura. En la Argentina, el Conicet y la Agencia Nacional de Ciencia y Tecnología

garantizan las becas y sueldos de los científicos, pero son los subsidios los que nos permiten comprar los insumos, reactivos y equipos para desarrollar nuestros trabajos. En líneas generales, sin embargo, en los últimos años se han dado una serie de hechos concretos que demuestran la vocación del país por invertir en ciencia. Ya el gobierno de Néstor Kirchner había tomado medidas de jerarquización de los salarios, y luego se tomaron otras decisiones importantes como los programas de repatriación de jóvenes científicos, la construcción de nuevos edificios, el aumento de las becas y la apertura de la entrada a la carrera de investigador científico que estuvo prácticamente cerrada durante el gobierno de Carlos Menem. Queda mucho por hacer, obviamente, y espero que sea así porque entiendo que la investigación es un área en el que vale la pena invertir.

Dato curioso

Uno de los textos que apasionó al entonces joven Alberto Kornbliht a comienzo de los '70, fue la primera edición al castellano del libro “Biología Molecular del Gen” de James Watson, co-descubridor de la estructura del ADN en 1953. En su contemporánea sexta edición, el volumen cita trabajos del reconocido investigador argentino. “Es increíble -dice el biólogo molecular- pero pasé de ser un estudiante ignoto y admirador de un libro de texto a, de alguna manera, participar en él con pequeñas contribuciones 30 años después”.

Opiniones al margen

-“En todo el mundo ha habido una degradación de la educación primaria y secundaria. Hay problemas serios en revertir esta situación y la Argentina no es ajena a eso”.

-“El nivel de las universidades argentinas era de excelencia en la mitad del siglo pasado. Hasta el quiebre de 1996 con Onganía, marcaban tendencia, y había figuras descoltantes en distintas disciplinas de la ciencia que crearon escuelas de las que nosotros somos descendientes. Pero creo que el impacto internacional que tiene cierta producción científica nacional es todavía mayor ahora. En términos cuantitativos la ciencia argentina no incide, pero en lo cualitativo se destaca y mucho. El número de patentes o trabajos que la Argentina produce es pequeño, pero el país posee un lugar destacado si se evalúa la influencia que tienen los hallazgos de investigadores argentinos en distintas disciplinas. Por

eso digo que vale la pena invertir en ciencia, como lo están haciendo los países orientales. Porque además de ser un bien económico, es un factor de progreso cultural y prestigio social”.

-“Tomo este reconocimiento con alegría, pero no me cambia la vida. Seguiré trabajando como cada día, dando clases, mirando los experimentos, pidiendo subsidios...”

-“Las verdades científicas tienen que ser siempre testeables, cuestionables y rebatibles. No son verdades porque las enuncia alguien con prestigio. El prestigio no da derecho a que lo que uno diga en términos científicos sea ley. Las leyes científicas se construyen por idas y vueltas. Un premio Nobel se puede equivocar y decir una barbaridad y alguien que no tiene prestigio cosechado puede descubrir algo novedoso y tener razón. En la ciencia no existe el principio de autoridad y eso es importante. Los reconocimientos están buenos pero no deben generar vacas sagradas. Yo por lo menos no quiero serlo”.

Perfil del entrevistado

Kornbliht obtuvo la licenciatura en Biología de la UBA en 1977. Hizo el doctorado en Química en 1980. Realizó en Oxford un post-doctorado. Por sus aportes a la ciencia, acaba de ser reconocido como “asociado extranjero” de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos. Da clases en la UBA y es investigador superior del Conicet. Recibió el Konex de Platino en 2003 y la Medalla del Bicentenario en 2010.

